

Capítulo II. Fase capitalista del opio: la mercancía en el Siglo XIX

Este es realmente un estado de cosas monstruosas. Las grandes satisfacciones que pueden proporcionar la salud física, la euforia intelectual y los placeres relativamente inocentes de los sentidos, ¡flaqueando directamente a la más cruel miseria! ¡La riqueza, riendo desde lo alto de sus salones relucientes, riendo con una indiferencia brutal muy cerca de las heridas ignoradas de la indigencia! ¡El placer encarneciendo inconsciente pero cruelmente el sufrimiento que gime allá abajo! La lucha de todos los contrastes, todas las oposiciones, salvo una: el vicio que lleva a la tentación se une a aquel que se deja tentar.

Friedrich Engels

Digamos en términos generales que las formas de consumo precapitalistas anteriormente descritas, adquieren un viraje que impulsó la modernidad capitalista; el **valor de uso** del opio de la antigüedad, que tenía una finalidad terapéutica y lúdica, ahora queda subsumido a las nacientes condiciones de la modernidad burguesa. En 1723-1736 China prohíbe la venta del opio y el fumarlo constituye un problema que está castigado con la muerte. De este modo tenemos que con la prohibición del opio se originan las condiciones para traficar ilegalmente la mercancía generando –como sucede hoy en día- la corrupción y el pillaje de la burocracia del celeste imperio y de los comerciantes ingleses.

En 1729 entran a China doscientas cajas de opio llevadas por los ingleses, holandeses y portugueses; en 1760 se introducen cuatro mil cajas; en 1796, la cantidad de cajas es de 6.564 y en 1800 el total de cajas es de 9.746. En 1757 la *East India Company* establece el monopolio de la producción de amapola en la India. En este sentido, en voz de Warren Hasting –gobernador de todas las posesiones británicas en la India- declaraba que el opio es un “pernicioso artículo de lujo, que no debe ser permitido más que para el comercio extranjero”. Desde este momento es que el cultivo de la amapola alcanza extensiones en el imperio anglo-indio, que se convierte en el más amplio centro de producción, consumo y exportación del mundo. (Aparicio; 1972:182)

Las tensiones que produce el ritmo de trabajo capitalista, la creciente cosificación de los sujetos al quedar subordinados a las leyes de la valorización del capital y el proceso de enajenación descrito por Karl Marx en los *Manuscritos económico filosóficos de 1844*, son las condiciones materiales de reproducción del sujeto social sobre las que girará la vida moderna.

Baudelaire "...fue el primero que habló del opio que se le da a ése (y sólo a ése) condenado para su alivio. La multitud no es sólo el asilo más reciente para el desterrado; además es el narcótico más reciente para el abandonado. El "*flâneur*" es un abandonado en la multitud. Y así es como comparte la situación de las mercancías. Le penetra venturosamente como un estupefaciente que le compensa de muchas humillaciones. La ebriedad a la que se entrega el "*flâneur*" es la mercancía arrebatada por la rugiente corriente de los compradores". (Benjamin, 1991: 71)

El capitalismo del siglo XIX y la Revolución Industrial promovieron los grandes cambios técnicos al impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas que son los motores dinámicos para la creación de la industria química. La necesidad de encontrar fármacos para controlar los efectos estresantes del proceso de trabajo llevó al descubrimiento de otras drogas como la morfina, sintetizada en 1806; la cocaína sintetizada en 1859; los barbitúricos en 1863 y la heroína sintetizada en 1898.

Las drogas dejaron de consumirse en general en su forma natural, dando lugar a los procesos de sintetización química, para obtener del opio la morfina y de esta la heroína; los efectos del consumo son más fuertes y las toxicomanías se manifiestan con sus estragos mas devastadores, dando lugar ahora a una nueva modalidad de drogadicción: la "toxicomanía" masificada. "A la forma de los nuevos medios de producción, en el comienzo dominada aún por la de los antiguos (Marx), corresponden en la conciencia colectiva imágenes en las que lo nuevo se interpenetra con lo viejo. Esas imágenes son optativas, y en ellas la colectividad busca tanto suprimir como transfigurar las deficiencias del orden social de producción y la imperfección del producto social" (Benjamin; 1991:

175)

La forma de vida en la sociedad burguesa, el ritmo de trabajo subordinado a la necesidad de sacrificar la existencia por un salario miserable y la necesidad creciente del capital de obtener más ganancia, serán las condiciones materiales básicas para la reproducción de los sujetos en la era del capital. La miseria brilla en todos lados, los importantes logros materiales que el capitalismo crea, no se reflejan en beneficios generales para la sociedad. Al contrario, la escasez material (vivienda, alimentación, educación) será la condicionante para recurrir al crimen y al vicio. “Frente a esta situación, los trabajadores reaccionan de diferentes maneras. Algunos sucumben y se dejan desmoralizar: pero el alcoholismo, el vicio –opio-, la criminalidad que surge de esta situación y se extienden cada vez más son fenómenos sociales nacidos del capitalismo, y que no podrían explicarse sólo por la debilidad o la falta de energía de los individuos” (Hobsbawn, prefacio a la edición francesa de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels, 1974: 11)

La estrechez de las viviendas de los obreros y los bajos salarios requería buscar un antídoto que fuera barato y que no perturbara el trabajo en la fábrica. Como es natural en el sistema capitalista, el proceso de proletarización llegó a sacar a la mujer y el niño del hogar para incorporarlos a la fábrica, ya que el estipendio que percibía el obrero no alcanzaba para cubrir las mínimas necesidades de su reproducción, los niños son las principales víctimas en la era del capital.

En los inicios del capitalismo del siglo XIX el opio juega un papel de capital importancia para la clase trabajadora de Inglaterra. Los obreros lo consumían como sedante y analgésico. Desempeñaba un papel parecido al que hoy tiene la aspirina. Formaba parte de su botiquín doméstico. Los médicos lo recetaban a discreción y las farmacias lo vendían sin receta médica y a bajo precio. Se consumía para contrarrestar los nervios, la fiebre, la

migraña, los cólicos en los niños, como tónico para las mujeres, como remedio para la disentería y para estimular la imaginación. Su uso más característico fue bajo la forma de jarabes (láudano), pastillas y siropes administrados a los niños para hacerlos dormir¹. Los más notables opiómanos del siglo pasado atribuían su toxicomanía a los jarabes que habían ingerido en su infancia.

Para controlar el hambre y las molestias de los niños ponían a cocer las cápsulas inmaduras de las amapolas con agua hasta conseguir un jarabe. Combinaban algunas gotas de ese jarabe con azúcar y mojaban un trapo en forma de chupón que ponían en la boca del bebé. Se presentaban algunos casos de toxicomanía y la gente comentaba por aquella época: “se ha acostumbrado al chupete de adormidera”.

Al igual que en los distritos fabriles ingleses, también en los distritos agrícolas se extiende diariamente el consumo de opio entre los trabajadores y las trabajadoras adultas. Impulsar la venta de productos opiáceos es el objetivo de algunos emprendedores comerciantes al por mayor. Los droguistas los consideraban artículos principales. “Los lactantes a los que se administraba opio degeneran en pequeños viejecitos o retrogradan a monitos.” Como se ve, la India y la China se vengán de Inglaterra. (Marx, 1976: 31)

El proceso de proletarización se propaga rápidamente en varias ciudades europeas, y ciudades como Manchester, París, Hamburgo, Barcelona y New York se convertirán en un receptáculo importante para consumir opiáceos y otro tipo de drogas, para mitigar los males derivados del proceso de trabajo capitalista.

Con la Revolución Industrial, el opio se diseminó y se convirtió en una **mercancía** de mucha demanda por la industria farmacéutica. Se vendía bajo diferentes nombres en Inglaterra: “Godfrey’s Cordial”, “Dalby’s Carminativ”, “McMunn Elixir” “Jarabe tranquilizante de Mamá Bailey”; en Francia, se conocía como “Dormant” y lo vendían en el

¹ “...el láudano era un medicamento de uso diario en la época. A diferencia de otros países, en México se empezó a utilizar el hidro-alcohol en lugar del vino de Málaga en la preparación del láudano, según lo

mercado con 57 marcas distintas. En Alemania, hubo más de doscientas marcas desde “Aachener Schlafhonig” (“miel adormecedora de aquisgrán”), hasta “Dr. Zohrer Kinderglück” (“la felicidad de los niños del Dr. Zohrer”); en Estados Unidos eran conocidas como Ayer's Cherry Pectoral, Mrs. Winslow's Soothing Syrup, Darby's Carminative, Godfrey's Cordial, McMunn's Elixir of Opium, Dover's Powder. En Estados Unidos había más de 600 tiendas que abastecían el mercado de opiáceos. Los Estados Unidos empezaron a cultivar la amapola en el siglo XIX y los estados que se dedicaban a dicha actividad eran: Virginia, Tennessee, South Carolina y Georgia. El precio por libra oscilaba entre los 10 y los 12 dólares la libra.

En 1840 el opio llegó al mercado europeo. Los principales consumidores eran obreros, mineros y tejedores fundamentalmente, tenían preferencia por el opio, ya que no podían consumir alcohol porque esas bebidas resultaban demasiado caras. Sin embargo, preferían consumir opio porque les quitaba el apetito. “En los fines de semana los farmacéuticos preparaban pequeños paquetes que `cuestan sólo lo que dos comidas y ahorras siete´ como podía leerse en un anuncio de un periódico de Manchester”. (Behr, 1981: 58)

Los comederos y los fumaderos de opio formaban parte de las ciudades al inicio del capitalismo del siglo XIX. Algunas empresas repartían la droga entre sus trabajadores, “del mismo modo que en 1789 la firma Boehringer les ofrecía dos píldoras calmantes diarias a cada uno de sus obreros”.

En 1753 en Frankfurt, y con la misma motivación, se ofrecía la “Frankfurter Hauppille”, unas píldoras compuestas por una buena cantidad de azúcar mezclada con opio. Para los bebés se recomendaba la administración de sólo media píldora, pero aun manteniendo esa dosis eran muchos los que no volvían a despertar jamás. El primero en dar la señal de alarma fue el doctor Heirich Hoffman, que acababa de fundar la Asociación de Médicos de Frankfurt. Ya en el primer año que siguió a la fundación de esa sociedad, en 1845 se desarrolló un preparado que debía sustituir a

consigna la primera Farmacopea Mexicana publicada en 1846”. (Astorga; 1996:18)

la peligrosa píldora. El doctor Hoffman era un médico moderno y estaba convencido de la peligrosidad de la “píldora de la Frankfurt” y del opio en grandes dosis, aunque consideraba que en dosis pequeñas carecía de importancia. La poción creada por él, que recibió el nombre de “Gotas del Dr. Hoffman”, contenía, de acuerdo con su fórmula original, sólo un 5% de opio disuelto en éter. (Behr; 1981:59)

La gran expansión del opio en los medios proletarios le dio fama de ser la droga de los pobres. No había lugar alguno en el siglo XIX en Europa y los Estados Unidos, en el que no se pudieran comprar pequeños frasquitos de láudano, destinados a los obreros que salen de las fábricas. El láudano es más barato que la cerveza o la ginebra de aquella época.

2.1 VALOR DE USO LÚDICO: FUMADEROS DE OPIO

*Baudelaire era un buen conocedor de estupefacientes. Y sin embargo se le escapó uno de sus efectos socialmente más relevantes. Consiste éste en la gracia que los adictos sacan a relucir bajo la influencia de la droga. Igual efecto consigue a su vez la **mercancía** de la multitud a la que embriaga y que la rodea de murmullos. La masificación de los clientes que forman el mercado -y éste es el que hace referencia a la mercancía- acrecienta el encanto de la misma para el comprador medio.*

Walter Benjamin

La costumbre de fumar opio nació en China. Los portugueses en el siglo XVI mezclaban el opio con tabaco y lo vendían en China. Había también quienes mezclaban el opio con paja, costumbre que fue introducida por los portugueses. El opio puro arde con mucha dificultad y es difícil de fumar, por lo tanto se necesitaba modificar la estructura para hacerla combustible. La solución fue el chandú.

El chandú o chandó es una invención francesa, aunque por lo general fueron los británicos los primeros en utilizarlo en el ámbito industrial. Se trata de un complicado sistema al que se somete el opio y que se conoce como operación de refinado. “En su libro, aparecido en 1910 y que lleva por título *El opio*, Paul Gide describe ese proceso tal y como se realizaba en las instalaciones estatales de Saigón, entonces capital de la Indochina francesa. Lo primero que se hacía era empastar el opio, lo que se conseguía fundiéndolo en grandes calderos de cobre. Una vez que la masa adquiría una consistencia pastosa, se formaba con ella una especie de bolas que de nuevo eran calentadas a una temperatura de hasta 200° C. Después se la maceraba en agua fría, con lo cual se desprendían todas las sustancias extrañas; el producto se decantaba, se filtraba y volvía a hervirse la mezcla hasta que quedaba convertida en una especie de jarabe de 29 grados. Seguidamente se colocaba en unos aparatos en los que era secada mediante corrientes de aire frío y se colocaba en

unas artesas donde se le hacía fermentar con ayuda de un hongo llamado *aspergillus*.”
(Behr,1981: 65)

Los fumadores de opio invadieron China, prepararse una pipa era todo un ritual. La gente se drogaba en un clima de compuesta seriedad formal. Las clases proletarias eran las que pagaban el mayor tributo a este vicio, lo que se explica por las distintas calidades de opio vendidas en los diversos fumadores. El chandú, que era de mejor calidad, se reservaba para los burgueses. Con chandú, mediante una serie descendente de preparados menos buenos, se llegaba al dross, es decir, al residuo del opio fumado, riquísimo en morfina, de bajo precio y con altísimo poder intoxicante. De hecho, las toxicomanías más graves nunca son provocadas por el chandú, sino por el dross.

El dross, residuo seco del opio, representaba la pipa de los pobres y, en tiempo de los fumadores, en China era bastante frecuente observar la escena de desechos humanos que esperaban que el fumador de chandú vaciase su pipa ya fumada, para recoger el mortífero residuo impregnado de morfina. (Mónaco, 1972: 77)

2.2 La Guerra del Opio: una guerra comercial

No podemos pasar a otra cosa sin destacar una flagrante contradicción del gobierno británico de tan cacareado cristianismo y traficante con la civilización. En su condición de gobierno imperial, finge desconocer en absoluto el negocio del contrabando del opio, y hasta entrar en tratados que lo proscriban. Sin embargo, en su condición india, impone a Bengala el cultivo del opio, con gran perjuicio para los recursos productivos de ese país; obliga a una parte de labradores indios a cultivar amapola; incita a otra parte a hacer lo mismo a fuerza de anticipos en efectivo; mantiene la elaboración al por mayor de la perniciosa droga en un cerrado monopolio que está en sus manos; por medio de todo un ejército de funcionarios espías, vigila su crecimiento, su entrega en lugares determinados, su condensación y preparación a gusto de los consumidores chinos, su envasamiento en paquetes especialmente adaptados a las conveniencias del contrabando, y por último su transporte hasta Calcuta, donde se lo vende en las subastas del gobierno y donde los funcionarios estatales lo entregan a los especuladores, que lo hacen pasar luego a manos de los contrabandistas; estos por último lo introducen en China...

Karl Marx

La historia de la guerra del opio en China, es la historia de la colaboración que se desarrolló entre la Compañía de Indias Orientales y la burocracia china. Como intermediario principal actuaban las “Chiu-Chaus” -sociedades secretas del hampa-. El hecho histórico significativo de que el gobierno británico tomara en sus manos el control del monopolio del opio en la India fue lo que condujo a la prohibición del comercio del opio en China, los ingleses corrompieron a las autoridades imperiales, los funcionarios de la aduana y los mandarines en general, y destruyó “los pilares de la constitución patriarcal, entró de contrabando en el imperio, junto con los cajones de opio, desde los barcos-depósitos anclados en Whanpoa”. (Marx, 1973)

Históricamente hablando, presentamos algunos antecedentes que nos exponen como se llevó a cabo el proceso de subordinación económica de China a Inglaterra. Como es bien sabido, Inglaterra en el siglo XIX tiene la vanguardia industrial y es la primera potencia capitalista a escala planetaria, su industria manufacturera había abierto las condiciones materiales para el desarrollo de sus fuerzas productivas. En 1825 tuvo lugar la primera crisis de sobreproducción del capitalismo inglés y buscaron nuevos mercados para sus mercancías con la finalidad de recomodarlas y ponerle fin a la crisis. En este contexto,

establecen un control férreo sobre la India –quién fue la que llevó a cabo en un inicio el tráfico de opio clandestino- y forzarla a abrir sus fronteras para crear un nuevo mercado. La India era un mercado para la exportación del principal producto británico: el algodón, sin embargo, los británicos consiguieron este mercado gracias a que en el primer cuarto del siglo XIX destruyeron la industria textil de la India porque competía con la industria textil de Lancashire; además, la India controlaba el comercio del extremo oriente por medio de sus excedentes de exportación con aquella zona. Las exportaciones consistían fundamentalmente en opio, un monopolio que los ingleses fomentaron con fines lucrativos, desde el principio. En 1870 casi la mitad de las importaciones totales de China consistían en opio vendidos por la economía liberal de Occidente.

Es sabido que la *Compañía de las Indias Orientales*, obtuvo, además de la dominación política de la India, el monopolio exclusivo del comercio del té, así como del comercio chino en general y del transporte de bienes desde Europa y hacia este continente. Pero la navegación de cabotaje en la India y entre las islas, así como del comercio interno de la India, se convirtió en monopolio de los altos funcionarios de la Compañía. Los monopolios de sal, del opio, del betel y de otras mercancías eran minas inagotables de riqueza. Los funcionarios mismos fijaban los precios y expoliaban a su antojo al infeliz hindú. El gobernador general participaba en ese comercio privado. Sus favoritos obtenían contratos bajo condiciones mediante las cuales ellos, más astutos que los alquimistas, hacían oro de la nada. Grandes fortunas privadas brotaban como hongos, de un día para otro: *la acumulación originaria* se efectuaba sin necesidad de adelantar un chelín. (Marx; 1980: 941, 942)

Noam Chomsky, en su obra *Año 501 la conquista continúa*, comenta que en el siglo XIX, en Bengala, “tres o cuatro mil personas mueren de hambre cada año” como consecuencia de las “reglamentaciones inadecuadas” y las “restricciones imprudentes” impuestas por la Compañía de las Indias Orientales sobre el comercio del arroz, que convierten “la escasez en hambruna”. “No ha sido inusual” que los funcionarios de la Compañía, “cuando quién ostentaba el mundo consideraba que era posible obtener unos beneficios extraordinarios por medio del opio”, hicieran arar “un productivo campo de arroz u otro cereal para dejar paso

a una plantación de amapolas”

Estas medidas eran inevitables, escribió Horace Wilson en su History of British India en 1826: “De no haber sido así, las fábricas de Paisley y Manchester habrían tenido que cerrarse desde el mismo momento de su creación, y difícilmente podrían haber vuelto a activar, incluso por medio del vapor. Se crearon gracias al sacrificio de los fabricantes indios”. El historiador económico J. H. Clapham concluyó que “este acto restrictivo proporcionó un estímulo importante, y podríamos añadir que útil a la estampación textil en Gran Bretaña”, sector principal de la revolución industrial. Para el siglo XIX, la India financiaba más de dos quintas partes del déficit comercial de Gran Bretaña, proporcionando no sólo un mercado para la producción industrial británica, sino además tropas para sus conquistas coloniales y el opio que constituía el artículo esencial para su comercio con China (Chomsky, 1993: 24)

En esa misma época, la economía china se caracterizaba fundamentalmente por ser una economía natural en la que se combinaba la agricultura individual con la artesanía doméstica. La familia era la unidad principal de la economía campesina, los hombres se dedicaban al cultivo de la tierra mientras que las mujeres a la elaboración de ropa y otras actividades. No tenían necesidades de artículos de occidente, puesto que ellos cubrían sus necesidades, eran una economía autárquica. Desde 1786 el capitalismo inglés intentó colocar sus telas de algodón, pero sus ventas eran verdaderamente exiguas. En 1790 Inglaterra solamente obtuvo 2000 taeles de plata a cambio de 100 piezas de ropa de algodón. La carencia de mercado en China para las mercancías de Inglaterra, lograba que su balanza de pagos fuera positiva. Antes de la Guerra del Opio solamente el puerto Guangzhou estaba asignado para el comercio con el extranjero. Inglaterra trató de mil maneras de persuadir al gobierno Qing de abrir sus fronteras comerciales, sin embargo, fue inútil. En 1820 y 1830 Inglaterra seguía insistiendo en la apertura comercial al precio que fuera y la guerra del opio será la salida “genial” para dicha necesidad.

De la India se propaga a China desde el siglo XI, el conocimiento de las propiedades medicinales y narcóticas del opio, y la costumbre de fumarlo, para tratar el paludismo y la disenteria. A mediados del siglo XVII, Ch’ung Ch’én, último emperador de la Dinastía

Ming, preocupado por la rápida difusión de la costumbre de fumar opio y tabaco, prohíbe fumar el tabaco y ordena que en su lugar se fume opio, que rápidamente se difunde entre el pueblo.

En el siglo XVIII, la demanda en Europa y América de té, porcelana, sedas y artículos suntuarios de China no se había correspondido con algún crecimiento en la demanda china de exportaciones occidentales como el algodón y los tejidos de lana, pieles, relojes y otras curiosidades mecánicas, estaño y plomo. El resultado fue un serio problema para los occidentales en su balanza de pagos. Los occidentales tenían que pagar en plata por los productos chinos, y este intercambio estableció un firme flujo de plata hacia China. A fines del siglo XVIII, los ingleses contaban con una mercancía muy peculiar para intercambiar en China: el opio. En 1820 China importaba opio suficiente para sostener los hábitos de alrededor de un millón de adictos.

Para que el opio se vendiera firmemente en China eran necesarios varios factores: el narcótico debía estar disponible en grandes cantidades; debían existir medios desarrollados para su consumo; suficiente gente debía querer fumarlo para que el comercio fuera viable, y los intentos gubernamentales de prohibición debían ser inefectivos. Es la conjunción de todos estos elementos lo que llevó a China a este ciclo particularmente atormentado de su historia moderna...

La conquista británica de grandes áreas de la India fue lo primero que estimuló la organización de la producción y venta de opio. Ávidos de encontrar un cultivo comercial que lograra ingresos a través de ventas de exportación, los británicos descubrieron que la amapola crecía lujuriosamente en ciertas áreas de la India. Más aun, existía una abundante oferta de mano de obra para juntar la savia proveniente de las incisiones en las vainas y para procesar aquélla (por hervido) hasta lograr la pasta espesa destinada a fumarse.

La compañía de las Indias Orientales estableció un monopolio para la compra del opio hindú y luego vendió licencias para el comercio en opio a un selecto grupo de mercaderes occidentales conocidos como "country traders", prefiriendo este medio indirecto de obtención de ganancias a involucrarse directamente en el tráfico del narcótico. Vendido su opio en China, los mercaderes depositaban la plata recibida en pago en agencias de la compañía en Cantón, a cambio de letras de crédito; la compañía, a su vez, usaba la plata para comprar té, porcelana y otros productos chinos para su venta en Inglaterra. De este modo se desarrolló un comercio triangular de bienes de Inglaterra a la India, de la India a China, y de China a Inglaterra, en cada paso

del cual se podían lograr altos beneficios. (Citado en Kaplan, 1993: 25,26)

Con la dinastía Ming (1628-1644) el tabaco fue prohibido en China. La consecuencia de esta medida fue que los chinos sustituyeran el tabaco por opio. Para 1793 se hizo una costumbre fumar opio mezclado con tabaco.

En 1729 los chinos prohibieron la importación y venta de opio. Los únicos compradores eran los “Chiu- Chaus”. A pesar de ello, las importaciones de opio, transportado por los portugueses, siguieron aumentando de forma ilegal. Los intereses económicos y financieros de los ingleses, que se sintieron traicionados por la prohibición, manipularon la coyuntura para dar paso a lo que serían más tarde las denominadas “guerras del opio”.

Para 1767 la cantidad de opio importado de la India no superaba los 200 cajones, pesando cada cajón alrededor de 133 libras. El opio entraba legalmente a China como medicina. Los portugueses lo llevaron de Turquía; eran casi sus exportadores exclusivos al Celeste Imperio. En 1773 la India Británica tomó la iniciativa de realizar exportaciones y garantizó a la Compañía de las Indias Orientales el derecho de monopolizar el comercio con la India.

En 1773 el coronel Watson y el vicepresidente Wheeler sugirieron a la Compañía de la India Oriental la idea de emprender el tráfico de opio con China. En consecuencia, se estableció un depósito de la droga en los barcos anclados en una bahía situada al suroeste de Macao.

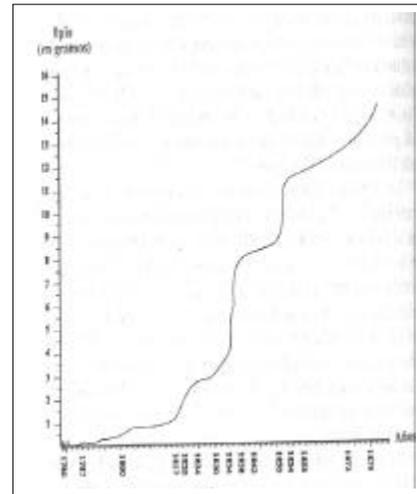
En 1781 el gobierno de Bengala envió a China un barco armado, cargado de opio; alrededor de 1789 la Compañía de las Indias Orientales, dejó de ser la exportadora directa del opio, pero se convirtió en su productora. En la India se estableció el monopolio del narcótico; mientras en los barcos de la compañía se les prohibía hipócritamente traficar con la droga, las licencias que ésta otorgaba a los barcos privados para comerciar con China estipulaba que se les aplicaría una multa si llegaba a cargar opio que no fuera el elaborado por la Compañía.

Al igual que los años de 1800, 1816 y 1824, el año de 1834 señala una época en la historia del comercio del opio. La Compañía de la India oriental perdió entonces no sólo su privilegio de comerciar con té chino, sino que tuvo que interrumpir todo tipo de actividad comercial y abstenerse de ella... (Marx, 1973)

Cuando en 1800 se volvió a publicar un edicto renovando la prohibición del opio, fueron ellas quienes crearon flotas de pequeñas barcas que iban a buscar la mercancía

prohibida a los buques anclados fuera del puerto y la llevaban a tierra firme. En 1800 las exportaciones a China llegaron a 136.000 cajones. La lucha entre la Compañía de la India Oriental y el Celeste Imperio, que en siglo XVII tuvo el aspecto común a todas las dependencias entre el comerciante extranjero y la aduana nacional, desde principios del siglo XIX adquirió características muy precisas y excepcionales.

Años	Población (en miles)	Cajas introducidas (en kilos)	Gramos por habitante al año
1787	240.000	13.600	0,05
1800	256.000	136.000	0,53
1817	290.000	390000	1,34
1820	304.800	680.000	2,23
1824	324.000	856.000	2,64
1830	352.800	1.088.000	3,08
1834	372.000	1.487.400	3,98
1838	391.000	2.720.000	6,95
1850	425.000	3.400.000	8,00
1854	435.000	4.556.000	10,47
1858	445.000	4.760.000	10,69
1872	480.000	5.780.000	12,04
1879	497.000	6.800.000	13,68



Fuente: Antonio Escobedo; 1995:171

Como podemos observar en el cuadro anterior, se refleja que para 1800 el opio que se introdujo a China había llegado a la cantidad de 136.000 cajones. Con el monopolio de la producción y comercio de opio de la Compañía de las Indias Orientales, esto condujo a adoptar medidas de presión con los países productores de goma de opio. Se construyeron laboratorios en Calcuta para procesar grandes cantidades de opio. En 1813 el costo de una caja de opio en la India era de 237 rupias, pero su precio en subasta era 10 veces esa suma 2.428 rupias. (*La Guerra del Opio*; 1980: 8)

El negocio del opio era sumamente rentable para el capital inglés, antes de la guerra, el opio era el negocio más lucrativo que cualquier otro negocio que se estableciera con la economía china. No se pagaba ningún impuesto, los comerciantes de opio chino siempre pagaban por adelantado sus compras. Cuenta William Jardine que “en los buenos años...

las ganancias brutas llegaban a veces a 1000 dólares por caja”. (*La Guerra del Opio*; 1980: 9)

El impuesto al té importado representó una fuente importante de ingresos para la economía inglesa. Para 1793 el valor de las exportaciones de té chino contaba alrededor de 16 millones de libras esterlinas y en 1830 sobrepasó los 30 millones. “Las importaciones de té chino a Inglaterra fueron ampliamente financiadas con los ingresos procedentes del tráfico de opio. Dada la importación de opio a China, el gobierno de Quing promulgó varias leyes para prohibirlo, en 1796, 1800, 1813, y en 1815; sin embargo todo resultó inútil. Desde entonces el contrabando aumentó en proporciones incalculables.

Estados Unidos tuvo un papel importante en el tráfico de opio. Su primer barco fue enviado en 1784 y desde entonces junto con Inglaterra se encargaron de sojuzgar la política comercial china. Así los traficantes británicos y norteamericanos por medio de la sucia treta de combinar el contrabando con el soborno, habían roto todas las barreras, haciendo que venenosos torrentes de opio se volcaran sobre China. La importación anual de la droga, que en 1821 era de 7000 cajas, había llegado a sobrepasar las 16.000 en 1831.

Año	Cajas de importación
1729	200
1730	
1767	1000
1790	4.000
1817	6.000
1800	200
1816	
1820	5.140
1821	7.000
1824	12.639
1830	16.000
1834	21.785
1835	
1837	39.000
1838	25.000
1840	40.000
1850	50.000
1854	67.000

1856	67.000
1858	70.000
1872	85.000
1879	100.000
1880	100.000

Fuente: elaboración propia

En 1837 los comerciantes ingleses y norteamericanos lograron introducir 39.000 cajas de opio de contrabando en China con un valor de 25.000.000 de dólares. Esto tuvo enormes consecuencias económicas y sociales para la economía china. Los que de alguna manera consumían opio en China eran los aristócratas, los burócratas, los terratenientes y los comerciantes ricos. “Luego se convirtieron en adictos todos los parásitos de la clase dominante, tales como los eunucos de la corte, los mensajeros de los *yamen* (organizaciones oficiales a diferentes niveles), los cargadores de palanquines, soldados, curas y monjas budistas, sacerdotes taoístas y las prostitutas de las ciudades. Según datos de 1835, más de 2 millones de seres eran opiómanos en China”. (*La Guerra del Opio*; 1980: 14)

Lo que en un inicio se contabilizaba en la economía china como una balanza comercial favorable por los productos de exportación, ahora los ingresos que percibían por concepto de exportaciones de té, seda, hierbas medicinales y otros productos, no eran suficientes para cubrir el valor del opio. Según el libro *La Guerra del Opio*, las estadísticas británicas indicaban que el flujo de plata china hacia Inglaterra, entre 1823 y 1834, subía a la escandalosa cifra de 25. 2 millones de dólares. Esto indica según el mismo informe, que por lo menos 100 millones de dólares –una quinta parte del total de dinero circulante en China, fue sacado del país durante (1821-1840) antes de la Guerra del Opio. Esto significaba la pérdida de 5 millones de dólares, una décima parte del ingreso anual del gobierno Quing².

² “El flujo de plata provocó una situación difícil, pues como el valor de esta se apreciaba frente al cobre, la plata y el dinero en cobre eran las monedas entonces en uso. A finales del siglo XVIII, de 700 a 800 monedas

(*La Guerra del Opio*; 1980: 15)

En 1819, se unió a los hermanos Magniac un médico escocés, William Jardine -el primero de los grandes Barones de la droga que existió en el mundo- y aportó a la empresa sus numerosas relaciones en el mundo de los negocios. Los negociantes blancos, por temor a las frecuentes tempestades de aquellos mares, encomendaban el transporte del opio desde India a China, que desde tiempos muy antiguos eran los comerciantes más eficientes de China y que acabaron por convertirse en los principales transportistas de opio.

El incidente que desencadenó el terrorismo capitalista y la verdadera esclavitud a la droga a escala masiva fue la destrucción de 20. 000 cajas de opio a cargo de las autoridades chinas. En 1838, el emperador Tao-Kwang envió un emisario oficial llamado Lin a Cantón para terminar con el comercio ilegal de opio. Se cursaron órdenes oficiales para que los comerciantes de drogas británicos y chinos eliminaran su mercancía, pero las órdenes fueron ignoradas. El comisario Lin quemó entonces los comercios chinos establecidos en tierra, así como los barcos británicos dispuestos a ser descargados en el puerto. Más de un año de suministro de opio se convirtió en humo; los cronistas que fueron testigos del acontecimiento proclamaron que el aroma era incomparable. (McKenna, 1993)

El 16 de abril de 1840, Inglaterra le declaró la guerra a China. Contaba con 16 buques de guerra, 20 transportes y cuatro vapores, 540 cañones y 400 hombres. Cantón fue conquistado, Shanghai fue saqueada. La mayor parte de las fortificaciones en las desembocaduras de los ríos fueron destruidas. Mientras tanto, los traficantes de opio conquistaron la isla de Hong Kong en la desembocadura del río de las Perlas. Los chinos no tuvieron ninguna oportunidad; la guerra fue corta y decisiva. El comandante en jefe local chino, Ki Shen, que había sucedido al comisario Lin, aceptó ceder Hong Kong y pagó una indemnización de 6 millones de dólares de plata chinos, cerca de 30. 000 libras. Cuando las noticias llegaron a Pekín, el emperador no tuvo más remedio que aceptar, por lo que los chinos sufrieron pérdidas monetarias y territoriales. (Behr, 1981; McKenna, 1993:

de cobre se cambiaban por un tael de plata. Sin embargo, en la década del treinta se necesitaban de 1.600 a

232,233)

El 29 de agosto de 1842 el gobierno de china se vio obligado a firmar el Tratado de Paz de Nankín, como consecuencia del cual China perdió Hong Kong y cinco puertos más tenían que quedar abiertos a los europeos. El opio continuó prohibido por expreso deseo de los británicos. La empresa Jardine, Matheson y Cía estableció concesiones en todas las ciudades abiertas a los europeos, con la central en Hong Kong.

En realidad se ha hecho depender las finanzas indias del gobierno británico, no sólo del comercio del opio con China, sino de las características de contrabando de ese comercio. Si el gobierno chino legalizara el comercio del opio y simultáneamente autorizase el cultivo de la amapola en China, el erario anglo-indo sufriría un serio descalabro. Porque, mientras predica abiertamente la libertad de comercio respecto del veneno, defiende en secreto el monopolio de su elaboración. Siempre que observamos de cerca la naturaleza de la libertad de comercio británica, hallamos, casi generalmente, que en la base de su “libertad” está el monopolio. (Marx, 1973: 200)

Finalmente, después de la guerra del opio, el gobierno Qing buscó múltiples formas para explotar al pueblo chino para poder pagar los gastos del conflicto y de las indemnizaciones; estos dos factores sumaban 70 millones de dólares—plata. La administración pública se corrompió aún más con los impuestos adicionales y la extorsión por los funcionarios se multiplicó a todos los niveles. Los nobles despóticos y los terratenientes, colaboraban estrechamente con las autoridades para descargar todas sus calamidades sobre los campesinos. Bajo una terrible opresión política y una cruenta explotación económica, finalmente las masas populares se levantaron en combate. En el *Dong Hua Lu* (Anales de la Dinastía Qing) se mencionan más de 100 levantamientos desencadenados por los han, hui, miao, tibetanos, yi, yao, zhuang y otras nacionalidades, entre 1841 y 1849, extendiéndose a casi todo el país. Muchas organizaciones secretas, como las Niandang, Fudang y la Tian Di Hui (Sociedad de la Tierra y el Cielo), tuvieron

1.700 monedas de cobre para conseguir un tael de plata, lo cual significaba un aumento de dos

una actividad febril. Todo esto permitía vislumbrar la gran conmoción revolucionaria que sacudiría el territorio de China. (*La Guerra del opio; 1980*)

2.3 La morfina y la heroína en el contexto de los grandes cambios derivados de la Revolución Industrial: la industria química

El análisis químico del opio se inaugura con el más activo de sus alcaloides a principios de siglo. Aunque pudo haberlo descubierto ya R. Boyle, y fue descrito en 1804 ante la Academia de Ciencias francesa, el honor del hallazgo recae sobre un despierto mozo de botica de Hannover. Cuenta él mismo que le irritaban las inseguridades derivadas de usar opio, pues las distintas remesas -incluso del mismo productor- provocaban unas veces efectos insuficientes y otras excesivos, y que a ese inconveniente genérico vino a añadirse un pertinaz dolor de muelas propio; orientado por el boticario, y por una intuición favorable, redujo el opio a una solución en ácido mecónico que neutralizó con amoniaco, obteniendo una sustancia pura a la que llamó primero Principium somniferum opii -por sus virtudes narcóticas- y luego morphium, en honor del mítico Morfeo.

Antonio Escohotado

En 1800 había muchos científicos en Europa que estaban incursionando en investigaciones con el opio para encontrar los alcaloides -principios activos de la droga- y analizar las propiedades activas de cada uno de los alcaloides. En 1803 el químico francés Louis-Charles Derosne obtuvo una solución alcohólica de opio a la que sometió a múltiples operaciones de purificación tras las cuales logró obtener una sal. Posteriormente sometió este producto a diferentes análisis, que demostraron que se trataba de una mezcla de distintos alcaloides del opio, principalmente narcotina y morfina. Esa sal de Derosne, como fue bautizado el producto, encontró muy pronto un buen mercado en Alemania, al igual que en otros países, no sólo porque contaba con el prestigio de la industria química francesa sino porque se le consideró un sustituto inofensivo del opio.

En 1803 Friedrich Wilhelm Adam Setürner descubrió la morfina. En los experimentos que realizó con soluciones de opio aplicó el siguiente procedimiento: combinó opio seco con agua destilada y lo dejó prensar en caliente hasta que se separaron todas las sustancias colorantes. Después hizo evaporar la solución, la aclaró de nuevo con agua y la saturó de

amoniaco. Entonces se separaron cuerpos cristalinos que describió como el principio soporífero del opio y que después fue bautizada con el nombre de morfina, en honor del dios del sueño, Morfeo. (Milton Silverman; 1942)

En 1805 publicó su descubrimiento pero, como suele suceder, nadie le hizo caso. En 1806, 1811 y 1817 expresaba su preocupación social en relación con el opio: “no veo la razón por la que, en la situación actual del continente, no se haya pensado seriamente en sustituir el opio en múltiples ocasiones y servirse de la solución acuosa del extracto de la adormidera; sobre todo, si se tiene en cuenta que el aceite de los granos de la amapola podría sustituir parcialmente al aceite de oliva y el extracto de la cápsula de amapola madura es tan efectivo como el de la cápsula inmadura” (Behr, 1981, 86)

Ni los químicos, ni los médicos, ni ningún científico de su época, lo tomaron en serio. Ya para 1838 seguía pasando desapercibido y cuando se le hacía mención era objeto de burla. El reconocimiento que le viene posteriormente es de Francia y se le reconoce como el verdadero descubridor de la morfina.

El químico Setürner era un opiómano. Sus capacidades intelectuales y prácticas eran verdaderamente extraordinarias. Digamos en términos generales que era uno de los pensadores que realizaba incursiones intelectuales en la química y en otras áreas del saber científico. Fue el inventor de “un nuevo tipo de fusil y diseño cañones de largo alcance; experimentó con metales alcalinos y desarrolló una teoría del éter, que fue confirmada 50 años más tarde”. Al final de su vida las cantidades que consumía de morfina eran muy grandes de hecho él mismo era un adicto a los opiáceos.

Cuando se aceptó que la morfina tenía propiedades somníferas, y que podría establecerse una dosis más precisa gracias a la invención de la jeringa hipodérmica, se creyó haber encontrado un poderoso medicamento que no producía adicción y empezó a recetarse, no sólo en sustitución del opio, sino también como medio de deshabitación de los opiómanos. Y con gran satisfacción, los médicos determinaron que quienes eran

tratados con morfina no volvían a probar el láudano.

En 1853 Carlos Gabriel Pravaz inventa la jeringa y el médico Alexander Wood, perfeccionó el procedimiento hipodérmico. Pravaz con su jeringa administró grandes dosis de morfina entre los heridos de las batallas militares de 1866 y 1870 en Francia; el uso de la morfina se extendió entre los militares para combatir el agotamiento de las batallas.

El momento cumbre de la morfina se sitúa entre 1875 y 1910 cuando una gran parte de la burguesía europea, dentro de los ambientes teatrales e intelectuales era casi obligado consumir la morfina para no quedarse fuera de la nueva “moda”; la manera de drogarse con morfina se propagó en el mundo artístico fundamentalmente. Es curioso observar que la morfina, en sus inicios fue utilizada mucho más por las mujeres que por los hombres.

Médicamente era utilizada como calmante y lenitivo. La morfina es uno de los estupefacientes más violentos, su consumo perturba el funcionamiento de secreción interna, la tiroides y el páncreas en particular; se trastorna el metabolismo de la glucosa; se deterioran los centros nerviosos y el sistema respiratorio presenta hiperexcitabilidad, también otro síntoma es la atrofia de las glándulas sebáceas, que secan y agrietan la piel. En las mujeres provoca esterilidad. (Gerosa;1968)

La jeringa se convirtió en el instrumento de trabajo de los médicos y casi todo se suministraba por inyección, “hasta la manzanilla”. La inyección llegó a convertirse en el medio curativo universal, como siglos antes ocurriera con la *Triaca*, de Paracelso.

En un pasaje del libro de Hans-Georg Behr, *La droga, potencia mundial: el negocio con el vicio*, el autor nos muestra el papel que jugó la morfina en los altos mandos del Imperio francés en el siglo XIX. El Emperador de México, Maximiliano, era un morfinómano empedernido; en 1865 le enviaron desde Francia varias jeringas para aliviar

sus nervios. “Maximiliano en diciembre de 1865 era inyectado con morfina tres veces al día. Y después la dosis pasó a siete inyecciones diarias. La valerosa actitud mantenida por el emperador en el momento de su fusilamiento se la debió a una dosis especialmente alta de la nueva droga. Su médico ya había observado que la morfina fortalece la predisposición personal al valor y da a los nervios una extraordinaria estabilidad en los momentos de peligro”.

Durante la guerra franco-germana de 1870-1871 el consumo de morfina en ambos ejércitos era más que evidente. “Se sabe, al menos aproximadamente, la cantidad de proyectiles de cañón que se dispararon en esa guerra, pero la cantidad de morfina que vertieron las jeringuillas en la sangre de los hombres de ambos bandos, no se sabrá nunca” (Behr, 1981: 90).

La morfina en el siglo XIX era la panacea para todo³; lo cierto es que las cosas ya no volvieron a ser las mismas. A los soldados que participaron en la guerra se les administraba morfina para todo, a los mutilados, amputados, heridos; los médicos la recetaban como si fuera la panacea universal. Había tabletas de morfina para curar los resfriados y los dolores de cabeza, algunos médicos militares inyectaban morfina a los soldados en perfecto estado de salud, “para aumentar su moral de lucha” y “para hacerles más tolerables las molestias de las grandes marchas”.

Finalmente la morfina tuvo un impacto muy importante en los círculos “intelectuales” del siglo XIX y se convirtió en una moda. Los principales consumidores provenían del teatro y la farándula, y de ambientes “de buena sociedad”. Cabe destacar que las formas para consumir la morfina formaban parte de todo un espectáculo que giraba en torno de la

³ “...Gay-Lussac y otras eminencias comprendieron que el descubrimiento representaba un gigantesco progreso en la respuesta humana ante estímulos de dolor. El primer empleo masivo del fármaco ocurrió en la guerra civil americana (1861-1865), donde convirtió en silenciosos recintos a hospitales de campaña antes

morfina. Se regalaban estuches firmados por orfebres famosos con todo lo necesario para inyectarse. En muchos salones franceses -donde aparecieron los mayores niveles de consumo suntuario- las mujeres hacían fila para recibir su inyección, en un acto que constituía todo un rito.

Sobre los efectos de la morfina se dice lo siguiente:

La duración del efecto de la dosis disminuye de manera continua. Cada vez que hay que inyectarse una cantidad mayor de droga, y a intervalos más cortos, si se quiere conseguir el mismo efecto que al comienzo. Es como una cadena que esclaviza al morfinómano y que cada vez se va haciendo más corta. Las neuronas, las células cerebrales, palpitan, exigen, gritan y se vengán, produciendo grandes dolores si no son satisfechas rápidamente. Si bien al principio el empleo de la morfina produce placer en alto grado, después se produce un estado en el que, para conseguir una situación placentera como la anterior, se requiere una cantidad mayor de morfina, y en los periodos comprendidos entre dos dosis, empieza a mostrarse una situación desagradable cada vez que la droga empieza a faltar. El último estadio de la drogadicción se caracteriza por profundos dolores; y el conocimiento de que la morfina ya no se toma para obtener placer, sino simplemente porque es necesaria para calmar el dolor. La voluntad queda totalmente paralizada. El quehacer más pequeño resulta imposible por falta de decisión y la lucha continua entre la necesidad de sentirse bien y el no poderlo conseguir de manera total, produce una sensación de desprecio íntimo que lleva a un sufrimiento indescriptible. Sino se está saturado de droga, se produce el síndrome de abstinencia, que causa una profunda inquietud corporal y psíquica y con ello mal humor, agresividad y falta de consideración hacia los demás, aunque esta reacción depende en cierto modo del carácter que tuviera aquella persona antes de caer en el vicio. A la larga se producen alteraciones de la vida psíquica que, a su vez, determinan disturbios corporales. El cerebro, regulador de tantas funciones corporales, se hace más perezoso en su trabajo, que pierde regularidad. Se pierden también las ganas de comer, el aspecto físico se va deteriorando cada vez más y disminuye extraordinariamente la capacidad de trabajo.

Sólo grandes dosis casi, letales, permiten la realización de algún tipo de actividad corporal. La capacidad sexual también sufre. El análisis del semen de un morfinómano, que lleva varios meses inyectándose entre 0,3 y 0,5 gramos de morfina diarios, mostraba filamentos de semen muy delgados e inmóviles, que ni siquiera se movían bajo el efecto de reactivos químicos. Después de su nacimiento el hijo de un morfinómano puede presentar síntomas de abstinencia. El uso de otras drogas, calmantes o estimulantes, como sustitutos de la morfina, hacen más grave el daño, puesto que pronto se hace necesario el consumo de ambas, la nueva y la antigua (Behr, 1981)

poblados por aullidos y llantos. Poco después sirvió para lo mismo en la guerra franco-prusiana de 1870. Administrada regularmente en grandes cantidades -a veces simplemente para “darse coraje”, como

4. La Heroína ¿Panacea Universal?

Los primeros experimentos para su comercialización se iniciaron en 1898, en la clínica de la Universidad de Berlín y en "la compañía Bayer", a la que estaba agregado Heinrich Dresser, que en 1898 consiguió aislarla añadiéndole dos acetilados, por lo que la denominó científicamente diacetilmorfina. Al observar su potente acción en las vías respiratorias se creyó haber encontrado el remedio total contra la tuberculosis, por lo que se le dio el nombre de heroína (Heroich: remedio energético); pero al comprobarse que su acción no era lo que se esperaba en el campo de la tuberculosis se empezó a ver en los tratamientos de desintoxicación y deshabituaron a los morfinómanos aunque en seguida se vio que era peor. (*Las guerras de las aspirinas*; 1994)

La morfina se convirtió en una materia prima, que es llamada morfina base. Resultaba difícilmente soluble en agua, mientras que, por el contrario, una de las principales ventajas de las sales es su solubilidad en el agua.

La más antigua de las sales de morfina conocida es el acetato de morfina. Ya en 1870 este acetato fue superado técnicamente y pronto sería sustituido por el hidroclorehidrato de morfina, el de empleo más corriente en la actualidad. La morfina es disuelta en ácido clorhídrico y posteriormente purificada. El papel de tornasol no reacciona con ella; sin embargo, su identificación no resulta difícil: si se combina una parte de morfina con cuatro partes de azúcar y con algo de ácido sulfúrico, la mezcla adquiere cierto color rojo. Un rojo auténtico más vivo se obtiene disolviendo sales de morfina en ácido sulfúrico, calentado durante un cuarto de hora al baño maría y al que se añade a continuación una gota de ácido nítrico.

La industria química del siglo XX hizo sus enormes progresos de un modo muy

importante. Todas las sustancias posibles se combinaban, se calentaban, se destilaban, se vaporizaban y, en ocasiones, el resultado era un nuevo producto.

Friedrich Bayer, nacido en 1825:

Ya había conseguido cierta prosperidad cuando emprendió un largo viaje a dos países más adelantados técnicamente, Inglaterra y Francia, visitó las diversas fábricas de colorantes derivados de las anilinas. En colaboración con un maestro industrial, especializado en colorantes, Weskott, fundó la Farbenwerke F. Bayer y Cía; en Barmen de Wupper, y utilizó una de los lavaderos como laboratorio. El éxito fue tan grande que ya en 1886 pudo construir otra nueva fábrica en Elberfeld, algo más arriba del río, donde tenía la primera.

En 1888, las fábricas de colorantes de Elberfeld, antes Friedrich Bayer y Cía; empezaron a dedicarse a la fabricación de medicamentos. Carl Duisberg fue la fuerza impulsora que transformó las fábricas de colorantes en auténticas empresas químicas. Las filiales surgieron por doquier como los hongos después de la lluvia. Condición previa muy importante para el desarrollo de la gran empresa fue su departamento jurídico, que defendía e imponía, sin la menor consideración, los intereses de la compañía por una parte y, por la otra, la capacidad de Duisberg a la hora de contratar los servicios de químicos jóvenes.

En un folleto de la firma se llama a Dresner `un auténtico sabio por naturaleza, de personalidad original y un tanto firme. No era muy social ni asequible, se mantenía distanciado, incluso de sus propios colegas, y resultaba difícil hacer que acudiera a reuniones y congresos. (Behr, 1981: 95)

En 1898 el producto obtenido fue probado por la empresa químico-farmacéutica Bayer. Según los científicos los resultados fueron:

1. Contrariamente a la morfina, esta nueva sustancia produce un aumento de la actividad.
2. Adormece todo sentimiento de temor.
3. Incluso las dosis más pequeñas hacen desaparecer todo tipo de tos, hasta en los enfermos de tuberculosis.
4. Los morfinómanos tratados con esta sustancia perdieron de inmediato todo interés por la morfina.

Dresner y Duisberg estaban convencidos de haber encontrado un medicamento milagroso. Les faltaba el nombre de fábrica. No se sabe a quién se le ocurrió, pero en el Acta, la droga fue inscrita con el nombre de Heroína, basado en la palabra griega para los

héroes. En la *Bayer*, el médico Dreser presentaba el nuevo producto como “unas sustancias cuyas cualidades no producen hábito, que es fácil de usar y que, sobre todo, es la única que tiene la facultad de curar con rapidez a los morfinómanos”.

Ese mismo año, Hoffman logró otro importante descubrimiento. Antes de finales de año, la empresa publicaba en todos los grandes periódicos del mundo el anuncio de sus drogas milagrosas: Aspirina, “el sustituto de los salicilatos”, y Heroína el medicamento para eliminar la tos. Dreser había descartado toda posibilidad de adicción a la heroína. En realidad, no era sino una pura hipótesis.

Una vez que se introdujo la heroína en el mercado, como cura para la adicción a la morfina, rápidamente sustituyó a la morfina como opiáceo sintético preferido de los adictos. La heroína ha conservado esta posición a lo largo del siglo XX.

La heroína también reemplazó rápidamente el resto de drogas en la fantasía pública concerniente al componente demoníaco de la adicción a la droga. Incluso hoy, mientras las estadísticas nos muestran que el alcohol mata diez veces más que la heroína, la adicción a la heroína sigue considerándose como la causa de la depravación del drogadicto.

El vínculo entre la heroína y los actos violentos que se producen con el consumo de esta droga, han dado a la heroína la caracterización de ubicarla como una droga por la que sus adictos son capaces de matar. El adicto a la heroína está alegre, casi entusiasta. Esta respuesta activa da paso al adormecimiento. La meta del *yonqui* es alcanzar con cada arponazo el adormecimiento, alcanzar el estado indiferente de duermevela en el que pueden desplegarse las más amplias ensoñaciones de los opiáceos. En este estado no existe dolor, no hay arrepentimiento, ni distracción ni miedo algunos. La heroína es la droga perfecta para todos los que se han visto heridos por su falta de autoestima o se han visto traumatizados por cataclismos históricos. Se trata de una droga de campos de batalla,

campos de concentración, pabellones cancerosos, prisiones y *guetos*. Es la droga de los resignados y de los disolutos, los agonizantes y las víctimas sin voluntad o capacidad para luchar de nuevo.

El *caballo* es el producto ideal la mercancía definitiva. No es necesario convencer para venderla. El cliente nadaría a través de una cloaca para comprar. El vendedor de *caballo* no vende su producto al consumidor, vende el consumidor a su producto. No mejora o rebaja su mercancía. Degrada y rebaja al cliente. Paga a su personal con *caballo*.

El *caballo* rinde una fórmula de virus “maligno”: *el álgebra de la necesidad*. El rostro del “mal” es siempre el rostro de la necesidad absoluta. Un adicto es un hombre absolutamente necesitado de droga. En palabras de la necesidad absoluta: *¿serías capaz?* Sí, serías capaz. Capaz de mentir, estafar, denunciar a los amigos, robar, hacer *cualquier cosa* con tal de satisfacer la imperiosa necesidad, puesto que estas en un estado de completa enfermedad, completa posesión, y no en situación de actuar de otro modo. Los adictos son enfermos que no pueden actuar de otro modo del que lo hacen. Un perro rabioso no tiene más elección que morder.
(citado en Mckenna, 1993:241)

La heroína conquistó mercados en los que la morfina no había logrado penetrar. De Marruecos al Líbano, la heroína, literalmente, se convirtió, de la noche a la mañana, en el más vendido de los medicamentos y fue importado en enormes cantidades a la India, Indochina, China, Japón y las Filipinas. El mayor mercado lo consiguió en los Estados Unidos, donde se presentó, con gran propaganda, como medio para curar el hábito de la morfina, que hacía tiempo se había convertido en un grave problema para el país.

La heroína jugó en la primera guerra mundial un papel muy importante. “Un general del Estado Mayor de la primera guerra mundial, comentaba que los soldados que participaban en la guerra de trincheras del frente occidental, tomaban heroína de manera regular “para poder soportar el tronar de la artillería sin perder los nervios”.

Actualmente la heroína junto con el haschís, la marihuana y la cocaína, es una de las drogas que más demanda tiene en el mercado, aunque sus efectos son mucho mas

perjudiciales que los producidos por las otras drogas. (Sobre los efectos de la heroína cfr. anexo 3)